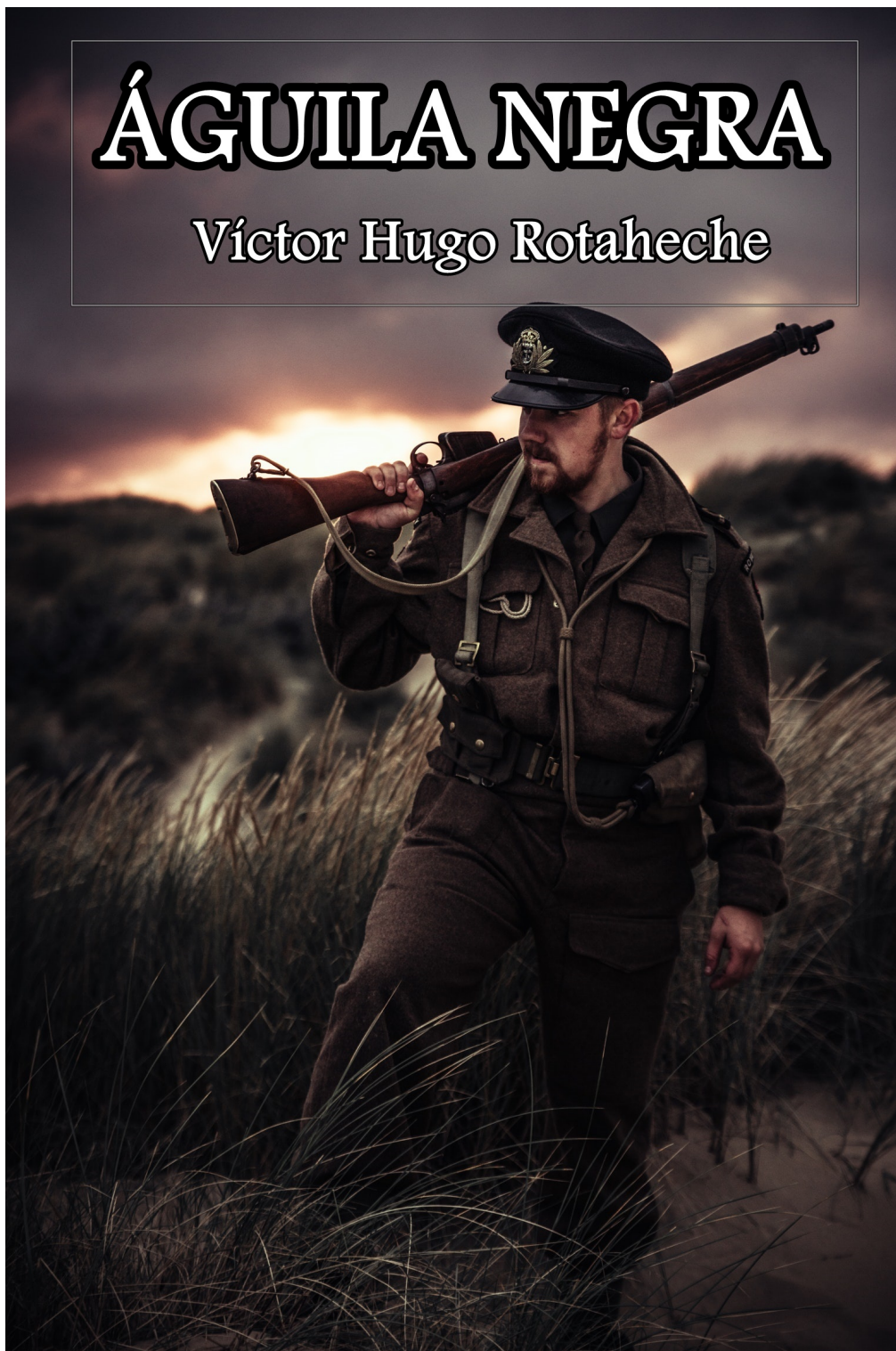


Águila Negra

Víctor Hugo Rotaheche

ÁGUILA NEGRA

Víctor Hugo Rotaheche



Capítulo 1

Águila Negra/ La Promesa

Por Víctor Hugo Rotaheche

Pequeñas palomas aleteaban por el parque aquella tarde, los niños perdidos en sus juegos se mezclaban entre los adultos. Yo por mi parte trataba de completar el tan mentado crucigrama del diario, mientras fumaba mi pipa con placer. Era escasa la brisa que se colaba por las ramas de los árboles, pequeñas hojas se dejaban mecer por aquel bailecillo; no esperaba ver a nadie. Fue por eso que su voz me sobresaltó.

-Viejo león. ¿Qué haces aquí?-Karl Tolliver, enorme, gastado por el tiempo, cubierto por un gastado abrigo, extendía su mano delante de mí-

-Solo deambulo-respondí-Me pierdo en la niebla del pasado y a veces no regreso; los recuerdos son como un viejo libro que uno no deja de leer.- sonrió. Se sentó a mi lado y suspiró nostálgicamente-

-¿Recuerdas aquel día?

Asentí.

Llevábamos varios días en una marcha insalubre, las armas silenciosas, dormían pesadas en nuestras manos. Wajda se removía inquieto mientras observaba su apaleado grupo. Fue allí que advirtió que a uno de ellos, Stanislas, le pasaba algo.

-¿Qué tienes?-preguntó de mala gana-

-Es mi muela. No me ha dejado en paz en todo el camino, si el dolor continúa me volveré loco.

No sabíamos cómo ayudarlo, nadie era dentista, y ninguno de nosotros conocía siquiera un poco del oficio. Wajda escupió en el suelo.

-Al diablo, cierra la boca, antes de que me colmes la paciencia.

El adolorido águila masajeó su mejilla esperando calmar su martirio, pero nada ocurrió.

Fue allí, en ese momento cuando apareció.

Tal vez había sido la pequeña discusión, o la monotonía de la caminata, pero aquel caballo cortó el aire como una flecha. Crines largos al viento, levantando tierra y polvareda en cada galope. Orgulloso corcel, parecía ser dueño de su vida y de su libertad.

-Debe ser salvaje-Observó Stanislas algo repuesto-

-Lo dudó-le dije-Quizá haya alguna granja a los alrededores, quizá tengan una tropilla-El caballo había disminuido su velocidad, y mansamente masticaba el pasto que crecía del suelo. Recuerdo que nos habíamos detenido a admirarlo, lentamente nos fuimos acercando; no había más belleza en aquel parame perdido del mundo que observar aquellos ojos negros, la postura y su pelaje. No, no parecía salvaje. Sin dudarlo, Wajda extendió una mano, palpó su cabeza y un extraño brillo cortó su mirada; El roce, aquel hombre viéndolo, pareció conmoverlo de pronto, lo demostraban sus relinchos y en la manera en como sacudía las patas traseras.

-Barbudo, ve si puedes montarlo-Wajda había pegado su mirada a la del caballo, Stanislas dentro de su círculo de dolor cada vez menos fuerte, no entendía la orden.-

-¿Cómo dices?

-Claro, así sabré si tiene cosquillas. Hazlo, es una orden. -Stanislas frotó su mejilla derecha como un niño. Montó dificultosamente por el hecho de que no tuviera estribos ni montura. Una vez "acomodado", la reciente serenidad del potro pareció derrumbarse. Luego de corcovearse, volvía a su cuerpo la adrenalina que lo había poseído cuando lo vimos llegar; parecía huir raudamente, feroz como el viento, llevando auestas al improvisado jinete polaco. No hubo órdenes ni señales impartidas, lo seguimos como pudimos, con un dedo en el gatillo corríamos a campo traviesa arriesgándonos quizá, a una bala perdida en medio de toda la inmensidad. No nos importaba nada, éramos autómatas detrás de lo desconocido, de lo imprevisible.

Fueron 20 o 25 minutos trotando, a lo lejos se veía una pequeña choza, el caballo regresaba ahora hacia nosotros, pero sin carga alguna. Wajda se nos adelantó en una carrera, iba a sumergirse en aquella mirada, fue una de las pocas veces que lo vi expresando emoción alguna. Cuando llegamos a la choza vimos las señales del inevitable ataque; vidrios rotos, marcas de neumáticos, la sombra de la muerte queriendo cubrirlo todo, de pronto sentí frío, no pude no resistirme a aquella sensación. Stanislas se encontraba en el suelo, con un hombre que se debatía entre la vida y la

muerte.

-¡Un alemán!-gritó Benji preparando la metralleta, Wajda lo detuvo seco, cortante-

-Es un herido de guerra ahora. Trae agua, algo nos queda.

Vimos sorbo a sorbo desaparecer nuestra última cantimplora, el alemán trató de articular palabra alguna pero apenas podía.

-¿Es tuyo el caballo?-pregunté. El herido sonrió débilmente, pero no respondió mi pregunta; pequeñas gotas de sudor le cubrían la frente-

-Yo vengo de Bikernau... el campo de concentración de Bikernau. Vi miles de condenados desfilando en los hornos, largas cadenas de uniformes cruzando las puertas del abismo esperando no regresar. Había... había un niño... uno de tantos. No sé por qué, pero un día me habló. Me habló ese, y todos los días que vinieron, no me tenía miedo. Y me habló. Me habló de una vieja casa, de un joven potrillo y de un árbol de manzanas. Cada día que pasaba era verlo y escucharlo, hasta me parecía estar en ese lugar. Aun estando en el peor de los infiernos, había un matiz de cielo en aquellos ojos perdidos, casi muertos. Y no pude dejarlo morir allí, al menos si lo hacía, vería el verde otra vez, el azul del cielo por última vez... lo enterré junto al árbol y me quede a cuidar al pequeño potrillo... le prometí, se lo prometí...

-Aún te queda aire en los pulmones alemán-Wajda sacó hilo y aguja, y noté, en el aire pesado de aquel apestoso granero, una pequeña, pequeñísima lagrima que le rodaba por la mejilla.

-¿Has podido ubicarlo?-preguntó Karl, la historia se perdía ya en las veloces manos del viento del parque; eché mi mirada al sol, a la ciudad y al atardecer y solo suspiré largamente.

-No. Aún no, aún no.

FIN